

LAS GENERACIONES Y LA VEJEZ

Dr. Miguel Lladó B.

Un supuesto o real "conflicto de generaciones" ha distanciado con alguna frecuencia al joven del anciano. Este habla de la inexperiencia del "muchacho", sin tener en cuenta el empuje que lo hace el "motor" de la vida social, en tanto el joven reniega y se opone al obstáculo que, para él, significa el anciano en su deseo de escalar posiciones. Se diría que son dos fuerzas opuestas que se excluyen, y no es así.

Algunos estudiosos opinan a la ligera en este sentido. Centran su atención en las oportunidades de trabajo, en un mundo con un buen porcentaje de desempleados, y dicen que la jubilación debiera ser la regla a edades cada vez más tempranas —a edad en que el hombre todavía produce—, sólo porque esos puestos serían para los que siguen y, desde luego, los de estos últimos para los jóvenes que empiezan. Una suerte de desplazamiento, de marcha adelante, permitiría la entrada a las fuentes de trabajo a las nuevas generaciones en detrimento de las más antiguas que pasarían a la jubilación forzosa, que es como decir que las empujarían al abismo de la soledad o de la indiferencia.

En respuesta a estos estudiosos habría que decir que los intereses de los jóvenes y de los ancianos no son los mismos. No son opuestos, tampoco. Mientras que el joven busca, y necesita, un trabajo a tiempo completo para satisfacer plenamente sus necesidades vitales (estudiar, distraerse, casarse, ver por los padres o los hermanos), el anciano apenas precisa de un trabajo por horas y no uno como el que tuvo antes de jubilarse. El trabajo, el ocio, el juego, según la edad, son importantes, pero lo verdaderamente valioso es la vida, y ésta necesita de la actividad para mantenerse, para prolongarse, siempre que esa actividad se recorte a los límites compatibles con las condiciones psicobiológicas del anciano. Este quehacer parcelar le permite, además de mayores ingresos, mantenerse en actividad y sentirse útil a sus propios ojos. No se excluyen, entonces, las generaciones extremas.

Pero a este concepto cerrado de generación hay que hacerle algunos reparos, además del precedente. Ortega y Gasset (1) habla de coetáneos o personas de la misma edad y de contemporáneos o personas que viven en

la misma época. Cada generación, para el filósofo español, tendría una vigencia de 30 años: 15 de preparación y los otros 15, que serían los reales, de actuación. Después viene el declive y la muerte progresiva de esta generación para dar paso a la siguiente, la que, se dice, quiere hacer lo suyo, vivir su vida, y por lo tanto de un plumazo echa por tierra casi todo lo realizado por la anterior. Habría, entonces, una lucha de generaciones, a veces tratando la insurgente de darle el estoque definitivo a la que todavía actúa, y otras, como vemos, sucediéndose en el tiempo pero siempre destruyendo lo que hizo la precedente. En los dos casos la generación que ya cumple su ciclo vital se defiende, aunque la suplantación y la muerte sean el final obligado.

Este conflicto de generaciones, de que hablaba Ortega, se basa en la "doctrina del punto de vista" del mismo autor que dice que cada generación ve el mundo desde una óptica que quiere ser original y, por lo tanto, distinta de las anteriores. La historia, de esta manera, no tendría continuidad y sólo sería una sucesión de saltos: la evolución de las sociedades resultaría de esta pugna constante de las generaciones.

Parecería que cada generación primero capta las enseñanzas y consume la realidad que encuentra, para después pretender crear una cultura competitiva que desarraigue esa que ya utilizaron.

Pero en lo que respecta al dilema de las generaciones extremas, debemos hacer algunas reflexiones adicionales. Digamos, de inicio, que la desubicación de los jóvenes en los centros de trabajo poco o nada tiene que ver con los ancianos comunes, y sí, tal vez, con algunos de esa minoría que dirige empresas o son autoridades. Estos pocos tienen que ver en el asunto, no por razones de edad sino por el cargo que desempeñan, pero la gran mayoría vive ajena a este problema.

Si se considera que cada generación es un grupo heterogéneo de individuos con diversos intereses, podría pensarse que sólo son una invención de la costumbre, de la repetición, para reunir en grupos a personas particularmente diferentes —en todo caso, no siempre iguales— pero que pueden servir para llenar las aspiraciones de tres o cuatro de los mejores dotados o con mayores aptitudes de liderazgo. Pero Ortega va más allá y habla de la "sensibilidad vital, de la vocación, de la misión histórica" de cada generación que, al expresarse de manera diferente, hace posible el conflicto entre las generaciones que coexisten.

Hasta aquí debemos dejar en claro que estas referencias a generaciones se mueven en torno a intereses concretos de unos cuantos y que, por lo menos, es una forma de separar a los hombres en grupos, "matando" a unos y aprovechando a otros. Dejamos en claro, también, que la preten-

dida beligerancia entre jóvenes y viejos es enteramente artificial y que sólo beneficia a los adultos maduros en el ápice de su rendimiento (2). Este, el hombre maduro que triunfa en sus actividades, ve con agrado que se enemisten las generaciones extremas: así aguanta a los jóvenes que pueden, por su proporción y entusiasmo, desplazarlos, y a los ancianos que ocupan los lugares de privilegio.

Los estudiosos han acuñado la denominación de brecha generacional para expresar las diferencias y el vacío que queda entre una generación y la que le sigue, o, mejor, entre generaciones más distanciadas.

Para otros autores, no es la lucha de generaciones la que enrumba la historia, el motor de los cambios, sino la lucha de clases (3). Nada sacaríamos, entonces, uniformando el pensar y el sentir de las generaciones (su natural deseo de hacer las cosas a su manera y por su cuenta y, por esto, cambiar el mundo que encuentran), porque lo que debe buscarse es anular las clases parásitas o dominantes para hacer una sola con ligeros matices.

Otro enunciado importante sería, dentro de esta supresión de clases, la “muerte” de los líderes. Ciertamente alguien tiene que erigirse en cabeza de grupo, pero esta cabeza debe ser múltiple, variable, sin deseos de eternizarse y cercenable. Lo ideal es un mundo donde nadie mande ni obedezca: donde cada uno sepa y se mantenga en el lugar que le corresponde. Así el joven y el anciano tendrían un espacio vital determinado pero interdependiente, en el sentido de ayudarse y no anularse.

Pero mientras llegan estos cambios que la historia ya recoge por adelantado, debemos estructurar los grupos generacionales en función de los intereses comunes y no por la edad. Puede, perfectamente, darse un nombre y no un año a una generación, y de esta manera agrupar a personas de diferentes edades cronológicas pero con puntos de mira parecidos.

Generaciones

- | | |
|-----------------|--|
| — Por la edad | Cada 15 años: 1898, 1927 (España) |
| — Por intereses | Distintas edades (La “generación perdida”) |

Estas reflexiones nos permiten, en lo que nos interesa, tres conclusiones provisionales:

- Los resquemores entre las generaciones extremas (jóvenes y ancianos) son artificiales y, por lo tanto, superables.

— Una generación debe, y puede, estar formada no sólo por coetáneos sino por contemporáneos con parecidos intereses (artísticos, científicos, políticos, económicos, etc.), con el resultado positivo de aunar la experiencia del viejo con el entusiasmo del joven, pero sin que la edad sea razón suficiente para que los de más edad dirijan siempre el grupo generacional.

— Los jóvenes deben tender a los cargos con horario completo, mientras que a los ancianos les basta con un trabajo por horas.

Pero lo que pudiera ser un acercamiento sincero entre personas de distintas edades, choca con los intereses de algunos individuos y con la fuerza de la costumbre. Veamos, si no, lo que pasa en literatura. Esto como una muestra. Esos críticos que todo lo saben y todo lo escarban, hablan de la generación del 50 o del 70 y ahí aglutinan la producción de la gente de la misma edad. No importa que estas producciones sean disímiles y no encajen en un cuadro armónico: lo que interesa, por lo fácil o por lo práctico, es agrupar por edades, por generaciones de 15 años cada una, y por esta "comodidad crítica" vemos que se rompe la continuidad de la historia, en este caso de la literatura. Y nada menos cierto. Por los años 50, seguramente, vivieron escritores que comenzaban, otros que iban a medio camino y unos pocos con más trayectoria. Amantes del arte de escribir, no los separaba la edad sino un enfoque distinto y una manera diferente de traducir las ideas en palabras. La edad, entonces, no era motivo de discordia en esta falacia de las generaciones y los sacrificados resultaron, naturalmente, los "viejos", los escritores maduros que no evolucionaron en su momento y que persistieron en esa tarea que tiene tantos comentadores que no perdonan la creación tardía.

Diremos, sin embargo, que la generación como el conjunto de coetáneos, existe, no se pone en duda, pero sí se cuestiona su enclaustramiento dentro de límites estrechos y la segregación de las personas de más edad por suponerlas "terminadas" o con ideas anacrónicas. Cada generación vendría a ser un "cuerpo social" con una "minoría escogida" que la representa aunque muchas veces desvirtúe los verdaderos intereses de las mayorías. Son los hombres enérgicos (energía física, energía espiritual, energía vital) los que se erigen, elegidos o no, en líderes, y son éstos los que han configurado la evolución social a su manera. Las grandes mayorías —al menos en los países de esta parte de la órbita occidental— sólo son cajas de resonancia o sirven para tapar las brechas de los desaciertos. Lástima que esos líderes, de diferente rango, sean por lo general personas de edad, viejos o aspirantes a viejos, y cómo tienden a eternizarse en sus cargos son el punto de partida para generalizaciones en torno al obstáculo que representa el anciano para los jóvenes en particular. De ahí que sea una necesidad la abolición del liderazgo como una cuestión personal de corte mesiánico y la remoción, el rotar continuo de oportunidades.

Un buen ejemplo de la colaboración de las generaciones es el que nos dejó Pachacútec al gobernar con su hijo Túpac Inca Yupanqui bajo la forma de correinado. Vale la experiencia de unos pero en igual medida el entusiasmo de los otros.

Hombres jóvenes y adultos	entusiasmo
Hombres maduros y ancianos	experiencia
Ideal social	entusiasmo + experiencia

No debemos alentar la ojeriza entre viejos y jóvenes porque es malograr artificialmente lo que debe ser continuidad y cambio en la evolución natural de las sociedades. Lástima que la "política", que todo lo sublima o lo malogra, esté en la raíz de este fenómeno en nuestros pueblos.

El tratamiento anticipatorio de estos males está en el hogar y en la escuela. El niño es tierra fértil para que germinen las mejores semillas, pero a cambio de que los padres y los maestros tengan mejores oportunidades de trabajo y, en general, de vida. Hay que enseñarles a los niños, desde muy pequeños y con el ejemplo, a querer y respetar a los ancianos, y a éstos les toca el importante papel de ser modelos de conducta y de volcar la experiencia en favor de los que nos siguen. La vida, después de todo, no es de nadie y es sólo continuidad en el tiempo.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Ortega y Gasset, José: Esquema de las crisis. Madrid, 1942.
- (2) Lladó, Miguel: Un abismo entre las generaciones extremas. Lima, Galeno No. 109, marzo de 1980.
- (3) Kulichenko, L : "Círculo cuadrado" o "Método de generación" de la visión histórica de José Ortega y Gasset (Del libro de compilaciones "La sociedad y la sucesión de las generaciones"). Moscú, 1979.